

Liquidación

En la general confusión de juicios presente sobre todos los negocios de la vida pública, en una cosa convienen cuantos se ocupan de la situación de España: en su desesperado estado. Sus antiguos males se han agravado, hasta el punto de preverse un fin próximo desastroso.

Con advertirse de antiguo la rápida decadencia de este pueblo que dió, con los primeros Austrias en pocos años, muestras inesperadas de grandeza nunca alcanzada antes ni después; con descubrirse ya en el siglo XVII su profundo decaimiento lejos de todo espíritu, aun el más pesimista, se hallaba el pensamiento de que se cerrara en un ciclo de tres centurias—un instante para la vida de las naciones—el proceso de apoteosis y ruina del Estado español.

Revelación insospechada de su debilidad fué, sin duda, la catástrofe de 1898. Esa debilidad apareció más que en las derrotas militares padecidas por España, en la insensibilidad con que las recibió. Fué su falta de reacción ante el dolor la prueba más fuerte de su crítica situación.

En aquellos días habló lord Salisbury desde las alturas del Gobierno inglés: «Hay naciones vivas—decía—y naciones muertas y naciones de enorme poder, cuyos ferrocarriles les dan facilidades para concentrar rápidamente toda su población militar, reuniendo ejércitos cuya magnitud jamás soñaron las generaciones pasadas. La ambición de estas naciones provocará sangrientos conflictos andando el tiempo.»

¡Bastaron quince años para el cumplimiento de esta profecía!

Y añadía el político inglés «También hay naciones moribundas, desprovistas de hombres eminentes y de estadistas en quienes pueda el pueblo poner su confianza, y que cada vez se acercan más al término fatal de sus destinos. Es imposible predecir—proseguía—cuánto durará este estado de cosas. Lo indudable es que las naciones débiles se van debilitando más, y las naciones fuertes se van robusteciendo. Las naciones vivas se irán apoderando de los territorios de las naciones moribundas, y este es un semillero de conflictos que no tardará en brotar.»

Molestó extraordinariamente en ciertas naciones el pronóstico de Salisbury. Eso parecía exagerado en 1898. Pero en 1923 se piensa ya de otro modo en la península.

Eludiendo con todo, la sentencia fatal, quieren muchos entregarse al optimismo en brazos de una distinción, en

otros órdenes vital. La de Estado y Nación. El derrumbamiento español presente, el hundimiento y ruina que vemos todos, y que por ello es ya imposible negar, no es de la nación, sino del Estado. Lo que cruje y se desmorona y cae no es la nación, sino el cuerpo exterior de su gobierno. Padece España la crisis de la complicada máquina del Estado, de su autoridad, no del cuerpo social.

A esta fórmula, de cuya eficacia salvadora no queremos hablar, se han acogido los patriotas españoles. Todos, sin excepción, han visto en esa distinción su salud y vida. El Estado español ha sido la víctima propiciatoria. El macho cabrío que ha cargado con todos los pecados y maldiciones del pueblo es el Estado. Hasta ayer, al menos, eso era así.

Pero ahora nos encontramos con que todo ha cambiado y con que los Poderes públicos españoles no pueden ser responsables del desastre. Es doctrina de «El Pueblo Vasco», órgano mayor de la Liga alfoncina de Bizcaya, que ocupándose de la actuación del Gobierno español en servicios que afectan a la vida de los pescadores vascos, dice: «Las obras se suspendieron porque en la forma proyectada no podían continuar los trabajos... Esta declaración—añade—que hace terminantemente el señor jefe de Obras Públicas, acredita el interés y el espíritu de previsión con que en éste, COMO EN TODOS LOS CASOS, procede el Estado.»

Si el Estado se interesa por los problemas de la nación y acude con espíritu de previsión a todas las demandas de la colectividad, no podrá ser responsable de los quebrantos que ésta padezca. España se deshace. No tiene vida de cultura, ni industria, ni administración de justicia, ni Ejército. Eso de Marruecos ha sido un desastre inmenso. Las condiciones de liberación de los cautivos españoles una vergüenza incomparable. Etxebarrieta el naviero vasco, puede más ante el Rif que todo el régimen.

Creían por ahí que ello delataba la bancarrota del Estado. Pero si el Estado cumple siempre sus deberes con interés y previsión; si el Estado se yergue firme en el cumplimiento del deber, la ruina habrá de ser de la nación española. Y entonces nos encontraremos, a juicio de «El Pueblo Vasco», en los días últimos de agonía que Salisbury vaticinó: en los instantes supremos de la liquidación de España...

ENGRACIO DE ARANTZADI.

Bilbao, marzo de 1923.

Miren'i

Zein txiroa dan nere oldertia
zeuri abestean igartzen det;
abestu nai ba, zure edertasuna,
ta, ¡O Miren maite! ezer ezin det.
¡Nola nik esan zein Ederra zeran?...
¡Nun ditut itzak Zu aintzaltzeko?...
Beko loi onek, ¡zer euki nezake
goiko Loreari emateko?
Ezer ezin det. Baña alaz guziaz
gustiz Ederra nabaitzen zaitut;
eta biotzak esaten didana
maite-maiterik esango dizut.

Ba, naiz ta ez izan nere oldertiak
suretzat lain dan abes goitirik,
nere biotzak ez du ¡ene Ama!
zeure-zeurea ez dan basterrik.
Nik maite zaitut zeralako, Miren,
Edertasuna beraren jabe;
eta biotza edertzen dalako
¡a! ¡Zu maitatuaz beste gabe!
Ba zuegan, Miren, Jaungoikuaq zitun
edertasun gustiak ixuri;
ta besterik ez ta Zu egin zizun
Bere maitetzat sortzetik garbi.

Es da zuregan ¡O Neskutz Aratza!
inoiz arkitu oben kutsurik,
orrela dezu zure oñazpian
Luzbel'en burua gapaldurik.
Nola donokiak, ala ludiak
aintzaltzen zaitu: Orban gabea;
ta oiek bezela nera botzak
maitatzen zaitu: Sortzez garbia.
Ta maitasun au zabaldu nai nuke
nere aberri gaxo Euzkadi'n,
zure edertasuna nabaitu eta
Zu maitatuaz gaizkatu dedin.

TENE.

Deba'tik.